

Isreneo Paz.

¡JUAREZ!

Undécima Leyenda Histórica.

TOMO II.

MÉXICO.

IMPRESA, LIT. Y ENCUADERNACIÓN DE I. PAZ.
2a. calle del Relox número 4.

1904.

¡JUAREZ!

PROPIEDAD ASEGURADA.

TOMO II



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO XLII.

Contrastes.

MUERAN los frailes!
—¡Ahorquen á los Obispos!
—¡Fuera los mochos!
—¡Viva la libertad!
—¡Viva la Constitución!
—¡Viva Juárez!

Eran los gritos principales, fuera de otros mucho más expresivos que estaba lanzando en Veracruz el día 27 de Enero de 1861 una multitud desenfrenada en que se contaban por lo menos unas ocho mil personas de todas condiciones, edades y sexos.

El gobierno de don Benito Juárez, establecido ya en

México, había ordenado que salieran del país algunos diplomáticos extranjeros que no habían tenido una conducta correcta durante la guerra entre los constitucionalistas y los clericales, y juntos con los diplomáticos salían también para el extranjero, sentenciados á un destierro indefinido, el Arzobispo de México y unos cinco Obispos más de los Estados, quizás los menos culpables ó los más inofensivos entre tantos como habían hecho males sin cuento á la Nación.

La multitud se dirigía al muelle en los momentos en que iba á hacerse el embarque, y uno cualquiera que quiso hacer de caudillo en la asonada, gritó con todos sus pulmones:

—¡No se embarcarán esas gentes, estamos resueltos á no dejarlas embarcar!

Llegó el Presidente del Ayuntamiento y dijo á ese individuo:

—Vamos á comprometer al gobierno si cometemos el menor ultraje á esos extranjeros: son los representantes de España y las demás naciones.

—Bueno, que los ministros extranjeros se vayan, eso no nos importa, dijo otro de los amotinados, pero no dejaremos que los obispos vayan á pasearse con el dinero que se han robado.

—No los dejaremos que se vayan sin castigo, dijo otro.

—¿Acaso no fueron ellos, preguntó un tercero que blandió un fusil, los que nos obligaron á tomar las armas y á despedarnos hermanos contra hermanos? ¿No fueron ellos los que atizaron la discordia y la guerra civil?

—¡Pues que los ahorquen! gritó la multitud.

Todos los que la formaban se habían agolpado en el

muelle y en las calles adyacentes, lo mismo que en la plaza Aduana, por donde era imposible que pudieran abrirse los personajes desterrados, quienes se habían refugiado llenos de susto donde habían podido de pronto, dejando que las autoridades se las compusieran como pudieran.

El Arzobispo de la Garza y Ballesteros y los Obispos Madrid, Munguía, Espinosa y Barajas, se refugiaron en una casa de comercio; el delegado apostólico, que también iba en la bola, más práctico en las cosas de la política, se metió al consulado francés, el secretario fué á dar á una alcoba en la casa que ocupaba el embajador Pacheco, y á los demás de la comitiva se los tragó la tierra, porque nadie supo por dónde desaparecieron de la escena.

Entre tanto el pueblo seguía amotinado.

En la puerta de la aduana había un grupo de personas decentes que estaban haciendo comentarios sobre los sucesos.

—Esto es horrible, dijo uno, ¿qué van á pensar de nosotros los extranjeros, y sobre todo esos ministros que ya van muy mal prevenidos contra el país y contra el gobierno?

—Y luego formar un motín contra esos míseros ancianos que no pueden defenderse, dijo uno que parecía de buen criterio.

—¿Cuáles son esos míseros ancianos? preguntó otro haciendo una mueca.

—Los obispos.

—Esos míseros ancianos son los que dieron el dinero para que se sostuviera la guerra fratricida; esos míseros ancianos son los que han dicho misas de gracias por los asesinatos que han cometido los generales de la reac-

ción; esos míseros ancianos son los que han conspirado y siguen conspirando aún contra nuestra nacionalidad, dijo un exaltado.

—Pero ahora ya les impuso el gobierno un castigo, y todos debemos acatar lo que hizo el gobierno.

—Precisamente lo que hace el pueblo es protestar contra esa arbitrariedad del gobierno, quien debió someter á los criminales á sus jueces para que los sentenciaran conforme á sus obras y con arreglo á las leyes. El gobierno se está mostrando á la vez débil y arbitrario. Débil, porque no aplica la ley cumpliendo sus deberes de Ejecutivo. Arbitrario, porque conforme á la Constitución nadie puede ser condenado á sufrir ninguna pena que no sea impuesta por el tribunal competente.

—Pero la Constitución no está en vigor.

—Precisamente su vigor es lo que han estado defendiendo Juárez, sus ministros y los generales que han mandado el ejército liberal.

La conversación, como se supone, dado el estado de los ánimos, fué subiendo de tono, sosteniendo unos que el partido liberal era generoso por naturaleza, y que así como había perdonado González Ortega á los prisioneros después de las hecatombes de Tacubaya y de Tepic, así Juárez debía mostrarse humano para engrandecer la causa del pueblo mexicano ante las naciones extranjeras.

Los exaltados decían que no, que Juárez no tenía derecho de interpretar las leyes á su gusto como lo había tenido González Ortega para prodigar el perdón por sí y ante sí, pues que si se quería establecer un gobierno fuerte, era de todo punto indispensable que los decretos que se habían expedido para moralizar la revolución no se quedaran escritos. Que el Congreso ó los jueces en ese

caso absolvieran si podían y querían; pero que era un mal grave que un gobierno estableciera su dominio en bases tan frágiles, comenzando desde sus primeros actos á ser arbitrario é ilegal.

El resultado del alboroto fué que se dejara embarcar tranquilamente á los ministros extranjeros, y que á los obispos se les condujera á San Juan de Ulúa por tres días, para que pasados estos se pudieran ir al extranjero á seguir conspirando contra la República.

Una escena semejante se verificó en Jalapa con el ex-ministro de Miramón don Isidro Díaz, respecto de quien se tenía la idea de que era uno de los que más había influido en la política conservadora que había devastado al país y hecho correr arroyos de sangre con la guerra fratricida. Marchaba al destierro, pero el ministro inglés quiso que respondiera de la responsabilidad que pudiera caberle en la extracción de los fondos de la legación inglesa, y el gobierno mandó que regresara. Entonces se le condujo á un cuartel en Jalapa, y el pueblo se amotinó reclamando que entrara como cualquiera otro criminal á la cárcel pública.

Se acató esa reclamación del pueblo por las autoridades.

¡Oh! aquel pueblo, el pueblo de la revolución de Ayutla y de la guerra de tres años, era un verdadero pueblo, viril, patriota, impetuoso, altivo y valiente.

* * *

A la vez que estos sucesos conmovían con más ó menos intensidad á los habitantes de las poblaciones de Oriente, en las de Occidente se entraba de lleno á la vida

pacífica, como si de veras ya hubiera tendido sobre ellas el ángel de la paz sus magestuosas alas.

Era domingo, y á las seis en punto de la mañana se echaron á vuelo las campanas de la iglesia de Santa Ana Acatlán. Las naves estaban encortinadas, en el altar principal, ornado de festones y rosas blancas, ardian veinte cirios, el piso estaba todo cubierto de trébol y el cura se había vestido sus mejores ornamentos. Los cuatro monaguillos corrían de aquí para allá luciendo sus trajes nuevos, y la gente empezó á entrar y á acomodarse, según la costumbre, las mujeres á la derecha y los hombres á la izquierda.

En la puerta de la iglesia, es decir, en el atrio, había varios grupos de personas entre las cuales, con la clara luz de la mañana, podía conocerse al licenciado Quiñones, al boticario, al barbero, al doctor y á todas las demás personas principales.

Estaban conversando respecto de la ceremonia que iba á verificarse en el templo, cuando llegó á incorporárseles Patricio Quiñones, el hermano del abogado, que había llegado la noche anterior de Guadalajara.

—¿Con que se casa Refugio Espinosa? preguntó con la curiosidad propia de quien apenas había tenido tiempo de tomar ligeros informes, é interesado en las cosas del pueblo.

—Sí, se casan al fin ella y Adrián, después de tantas adversidades que tuvieron que sufrir.

—Yo no sé nada. Como mis negocios me llevaron á México y estuve tanto tiempo ausente. . . .

—Pues verás, le dijo su hermano, Adrián hizo toda la campaña portándose siempre como un héroe y llegó á comandante de guerrilleros. Ogazón, Juárez, Zaragoza, to-

dos le propusieron que ingresara al ejército y que obtendría fácilmente un coronelato; pero él se resistió manifestando que no quería seguir la milicia, que era un hombre armado de ocasión y que quería á todo trance conservar su independencia.

—¡Qué extraño! cuando tantos hay que se descuartizan por llegar á coroneles, que es el mejor puesto que se puede apetecer en las fuerzas, ya sean del gobierno ó de los pronunciados, según dicen.

—Pero Adrián tiene sus ideas. Además, murió su tío Cleofas. . . .

—¿Murió don Cleofas?

—Sí, murió el pobre cuando se vino corriendo Miramón y hubo tiroteos en las calles.

—¿Pero murió en la guerra?

—Por curioso: se estaba asomando á una ventana y le pegaron un tiro en la cabeza. Por fortuna había hecho testamento, dejando la tienda y el rancho á su sobrino Adrián, como su único pariente allegado, á quien siempre quiso como hijo.

—Me alegro por Adrián, quien además ha de haber venido fondeado de la revolución.

—Cogió grandes botines; pero todo lo repartió, según dice, á los que lo acompañaban. El sólo trajo tres buenos caballos, algunas armas, cuatro ó cinco joyas de alto precio y un cinturón con cuatrocientas onzas de oro.

—Es poco. Rojas y Rochín no dan por cien mil pesos lo que cada uno tiene ¿Y Pedro su rival?

—Murió en un fortín en Guadalajara.

—Era un valiente muchacho.

—Sí. Según cuentan, era el jefe de un destacamento en una de las trincheras inmediatas á Santo Domingo, por

donde atacaron los del Norte. Murieron todos los artilleros, y Pedro Ordóñez estuvo él mismo cargando la pieza con sólo cuatro hombres que le quedaron. Tuvo á raya á los asaltantes durante media hora, pero no recibió auxilio á tiempo y sucumbió el último como un valiente.

—¡Pobre Pedro! El que era tan pacífico.

—Sólo se afilió en el ejército por combatir contra Adrián, al cual estuvo varias veces á punto de matar. No tenía más mira que deshacerse de su rival; pero éste fué muy listo, y no sólo se burló de él cuanto quiso, sino que además tuvo la fortuna de vencerlo en todos los encuentros que tuvieron, que no bajaron de quince durante toda la guerra. Se puede decir que Adrián tiene vida de milagro: sus generosidades excedieron el límite de la prudencia.

Tan interesante conversación fué interrumpida con la llegada de los novios, que aparecieron radiantes de alegría, con su séquito correspondiente compuesto no sólo de los padrinos, sino de las familias de la intimidad de Refugio y los amigos de Adrián, entre quienes estaban tres de sus compañeros de armas que habían sobrevivido en la larga contienda, y algunos parientes.

Saludaron afables al grupo de personas que estaban en la puerta, y entraron á la iglesia seguidos de toda aquella gente que no se cansaba de admirar á la novia, deslumbrante como estaba con su traje blanco, con su corona de azahares, con sus ojos negros y con su abundante cabellera cayéndole en rizados sobre los hombros.

El viejo don Simón Espinosa, que había accedido al matrimonio refunfuñando y que era uno de los padrinos, reconoció entre la multitud á Patricio Quiñones, y después de saludarlo le preguntó:

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche llegué.

—¿De suerte que no sabías nada?

—Nada absolutamente.

—Pues Refugio se casa con este descreído de Adrián. Figúrate que el bribón quería casarse ya por lo civil: quería él estrenar esa condenada ley de Juárez, conforme á la que el matrimonio deja de ser un sacramento y se convierte en un contrato.

Patricio Quiñones se sonrió y dijo:

—Según los informes que yo tomé por allá, el registro civil que se está estableciendo en la República, es una garantía para la familia.

—¡Qué garantía ni qué ojo de hacha! ¿Cuándo se ha necesitado de eso en los tiempos antiguos. . . . ?

Y como el viejo se entretenía más de lo regular platicando fué llamado á la iglesia, porque ya era tiempo de que fuera á desempeñar su parte en la ceremonia.

Esta fué larga, porque hubo mucha música de órgano, mucho canto y mucha plática.

El cura por tres veces tomó la palabra, exhortando á los consortes á hacer buena vida.

Al fin terminó todo, á eso de las nueve de la mañana, y los novios se despidieron de la concurrencia, quedando toda ésta invitada para la una de la tarde á la casa de Adrián, donde se celebraría el banquete de bodas.

Solamente los padrinos los acompañaron dejándolos en la puerta de la casa.

Cuando Adrián y Refugio estuvieron solos, por un movimiento simultáneo se echó el uno en los brazos del otro, y él dijo con voz ahogada:

—¡Al fin eres mía, al fin cesaron nuestras penalidades!

Refugio agregó llorando:

—Aunque muchas veces me desesperaron, aunque tanto tuve que luchar, aunque hubo veces en que creía morir, siempre conservé la fortaleza con tu recuerdo. . . . Ahora sí ya soy completamente feliz, y le doy gracias al cielo de que haya premiado nuestra constancia.

—Eres una mujer celestial, murmuró Adrián.

Excusado es decir que las caricias que se prodigaron fueron infinitas.

Tras de la comida siguió el baile, que duró hasta las diez de la noche, hora en que por fin Adrián y Refugio pudieron persuadirse ya de que no era un sueño su felicidad.



CAPITULO XLIII.

Arreglo de otra boda.

CORRÍA el año de 1861, cuando en los primeros días de Junio la sociedad mexicana, es decir, la buena sociedad de México, la sensata, la instruida, la juiciosa, la humana, se sintió estremecida de espanto y de indignación con la terrible noticia de que el feróz, el sanguinario, el célebre asesino don Leonardo Márquez, que había de hacer poco después nuevas ilustres víctimas, había mandado aprehender al insigne patricio don Melchor Ocampo, á quien se fusiló con la doble felonía de querer hacer creer al público que había sido muerto por equivocación, en lugar del coronel León Ugalde que acababa de ser aprehendido en una diligencia, y á quien ordenó Zuloaga que sobre la marcha fuera pasado por las armas. . . . ¡como si no hubiera sido tan inicuo y tan bárbaro matar á uno ú otro hombre sin forma de juicio, sin haber el pre-